

Capítulo 6

Se abre el libro misterioso

([índice](#))

Apocalipsis 6:1-2: Entonces vi que el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir con una voz como de trueno: “¡Ven!”. Miré, y vi un caballo blanco. El que lo montaba tenía un arco y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer.

Los “siete sellos” nos llevan, o bien a una victoria gloriosa, o bien a la derrota más terrible. O nos llevan a la adoración y alabanza en la venida de Jesús, o bien a clamar que las peñas nos escondan de la ira del Cordero. Nos llevan a la vida o a la muerte. Para los salvos, Cristo es el Cordero inmolado; para los perdidos, el león vengador de Judá. Dios quitará toda lágrima de los ojos de los salvos, mientras que los perdidos llorarán agónicamente en aquel día.

Se está peleando una batalla fiera entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Satanás. Cada uno de nosotros juega un papel en esa batalla. Nadie puede escapar.

Los caballos simbolizan a mensajeros de Dios. Esos mensajeros son enviados para traer salvación y también juicio. Cooperar con Dios significa vida y victoria; resistirlo, derrota y muerte.

Los cuatro caballos y sus jinetes simbolizan la obra de los ángeles de Dios en la tierra llevando al arrepentimiento, vida y victoria. Protegen a los justos y contienen a los malos. Se esfuerzan en favor de estos últimos, procurando llevarlos al arrepentimiento. Traen juicios y aflicciones sobre los que resisten la gracia de Dios a fin de inducirlos al arrepentimiento; y traen el juicio final y la muerte a

quienes se hayan negado a arrepentirse. Se hacen aquí evidentes el amor de Dios y su justicia, su misericordia y su justa indignación.

Por siglos los estudiosos de la Biblia han visto esas tres series de eventos mundiales —las siete iglesias, los siete sellos y las siete trompetas— como acontecimientos secuenciales paralelos. A modo de cámara filmadora que se enfoca en lo próximo y en lo lejano de forma alternante, esos tres viajes a través de la historia del mundo revelan las pisadas de Cristo en su camino hasta las últimas escenas de victoria. Ese libro es “[la revelación de Jesucristo](#)” en la historia.

El caballo blanco es símbolo de justicia y victoria. El arco que lleva el jinete en su mano puede representar la convicción que trae el Espíritu Santo al corazón de los seres humanos. Cuando sean derribadas las fortalezas de los reyes, cuando las saetas de la ira de Dios atraviesen el corazón de sus enemigos, su pueblo estará salvo en sus manos. Las palabras de los apóstoles eran saetas afiladas del Todopoderoso que traían convicción a los hombres respecto a su terrible culpa por rechazar y crucificar al Señor de la gloria.

El caballo blanco es un emblema adecuado de los triunfos del evangelio en el primer siglo de la historia humana. Corresponde al período de la iglesia apostólica: Éfeso (Apocalipsis 2:1).

Apocalipsis 6:3-4: [Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: “¡Ven!” Salió otro caballo, de color rojizo. Al que lo montaba le fue dado poder para quitar la paz de la tierra y hacer que se mataran unos a otros. Y se le dio una espada muy grande.](#)

Aunque la Biblia presenta a Cristo como al “[Príncipe de paz](#)” (Isaías 9:6), no podemos obviar el hecho de que el evangelio se ha acompañado frecuentemente de conflicto y derramamiento de

sangre. No es propiamente el evangelio el que produce la contienda. El problema surge debido a que quienes rechazan el evangelio intentan coaccionar a otros, obligándoles a ir en contra de su conciencia y persiguiéndolos. Jesús dijo: “No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada” (Mateo 10:34).

El caballo rojo es un símbolo adecuado de las persecuciones sangrientas que sufrieron los seguidores de Jesús después del tiempo de los apóstoles: el mismo período que la iglesia de Esmirna (Apocalipsis 2:8).

Apocalipsis 6:5-6: Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: “¡Ven!” Miré, y vi un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: “Dos libras de trigo por un denario y seis libras de cebada por un denario, pero no dañes el aceite ni el vino”.

Las condiciones empeoraban para el pueblo de Dios. Primero era un caballo blanco como símbolo de pureza y victoria, luego de color rojo sangre como símbolo de persecución, y ahora negro.

La “voz” anunciadora trae noticias aun peores. “Dos libras de trigo” o cebada era una ración diaria, de la forma en que una libra y media de harina de maíz es considerada hasta el día de hoy como la asignación mínima diaria para un habitante pobre de los países del tercer mundo. Un “denario” era en los tiempos del Nuevo Testamento el salario diario de un obrero (Mateo 20:1-2). A nadie le gusta trabajar todo el día para obtener solamente una libra y media de grano. Aquella “voz” estaba anunciando una hambruna terrible.

Pero no se trata solamente de hambre física. “Vienen días, dice Jehová, el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová” (Amós 8:11).

Tras haber sido severamente perseguida, la iglesia llegó a una fase de elevación y prosperidad en el mundo. Es la iglesia del período de Pérgamo (Apocalipsis 2:12). Innumerables fábulas agradables y tradiciones humanas ocultaban la Palabra de Dios. Quienes asistían a las iglesias encontraban allí una cantidad exigua de alimento espiritual para el alma. Las copias de la Biblia escaseaban, y el evangelio puro estaba casi olvidado. Un fragmento de la Palabra de Dios vino a ser tan apreciado como una ración de comida en medio de la hambruna.

Pero eso no significaba que Dios hubiera retirado su Espíritu Santo de la tierra. Zacarías afirma que el aceite es un símbolo del Espíritu Santo (Zacarías 4:2-6). Puede escasear el alimento espiritual, pero a quienes lo desean se les dará acceso al Espíritu de Dios. Durante todo el período de la Edad Media continuó habiendo quienes adoraron a Dios en espíritu y en verdad. Frecuentemente encontraban refugio en las regiones montañosas.

Apocalipsis 6:7-8: Cuando abrió el cuarto sello oí la voz del cuarto ser viviente que decía: “¡Ven!” Miré, y vi un caballo amarillo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra.

Ese color significa la muerte misma. Los estudiosos de la Biblia han concluido desde hace siglos que ese cuarto caballo representa la condición moribunda de la iglesia en la Edad Media desde el año 538 hasta el tiempo de los reformadores protestantes. Durante ese

período la iglesia fue parcialmente liberada de la opresión papal y de las persecuciones.

“La cuarta parte de la tierra” significaría el territorio en el que miles de mártires fueron encarcelados y llevados a la muerte durante siglos, que se han venido a conocer con razón como el oscurantismo de la Edad Media. Casi se extinguió la luz del evangelio. Se trató de hambruna espiritual. Llega a continuación esperanza para tiempos mejores.

Apocalipsis 6:9-11: Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían muerto por causa de la palabra de Dios y del testimonio que tenían. Clamaban a gran voz, diciendo: “¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?” Entonces se les dio vestiduras blancas y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos.

No se debe entender que esos mártires que claman por venganza estén ahora vivos. La Biblia no enseña que las personas vayan inmediatamente al cielo al morir. No fue el caso de Lázaro, ya que el Señor dijo de él: “Nuestro amigo Lázaro duerme ... Jesús decía esto de la muerte de Lázaro” (Juan 11:11-13). No es posible imaginar a un Señor tan cruel como para mantener encarceladas las almas de los mártires “debajo del altar” si es que fueron al cielo tan pronto como murieron. Se trata de lenguaje simbólico.

Tres textos son de ayuda para comprender el símbolo:

(1) Después que Caín diera muerte a su hermano Abel, el Señor dijo: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Génesis 4:10).

(2) “La piedra clamará desde el muro y la tabla del enmaderado le responderá” (Habacuc 2:11).

(3) “El jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros, clama, y los clamores de los que habían segado han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos” (Santiago 5:4).

Nadie pensará que la sangre de Abel, literalmente entendida, clamara; o que clamaran las piedras o las tablas del enmaderado. Se trataba de la justicia clamado simbólicamente por restitución. Juan vio a los santos como habiendo sido degollados sobre el altar del sacrificio en esta tierra, y estando muertos bajo el mismo. Pero no volverán a vivir hasta la primera resurrección (Apocalipsis 20:5).

Se entiende que la expresión “**vestiduras blancas**” se refiere a la obra de la Reforma protestante, quien honró por primera vez a los mártires que murieron sacrificados por la ira papal. Hombres como Huss y Jerome fueron por fin honrados como los verdaderos siervos de Dios que fueron. En las naciones más ilustradas quedaron finalmente expuestas las corrupciones, blasfemias y persecuciones papales. En lugar de considerarse criminales, los mártires fueron alabados por haber muerto “**por causa de la palabra de Dios y del testimonio que tenían**”. En consecuencia “**se les dio vestiduras blancas**” (Apocalipsis 6:11).

Llegamos ahora a los acontecimientos cataclísmicos del tiempo del fin.

Apocalipsis 6:12-17: Miré cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto. El sol se puso negro como tela de luto, la luna entera se volvió toda como sangre y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. El cielo se replegó como un

pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla fueron removidos de sus lugares. Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: “Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?”

Pasó ya la Edad Media, y grandes eventos comenzaban a ocupar el centro de la escena en la tierra.

Todo el mundo civilizado se sobresaltó por el mayor terremoto del que hay registro, ocurrido el día de todos los santos (1 de noviembre) de 1755. Su epicentro estaba en Lisboa (Portugal), y se sintió en casi toda Europa y norte de África. En seis minutos murieron unas treinta mil personas.

Muchos comprendieron al punto que ese evento era el cumplimiento de esta profecía. Publicaciones científicas actuales afirman: “La destrucción de Lisboa en el año 1755 de la era cristiana fue una catástrofe que tuvo un profundo efecto en el pensamiento europeo en la última parte del siglo dieciocho. Voltaire se ... tambaleaba en estado de conmoción mental por las noticias de Lisboa ... Goethe, que por entonces tenía seis años, recordaría más tarde cómo se extendió por todo el mundo ‘el demonio del terror’. Todos estaban conmovidos ... Wesley [dijo] ‘que esa advertencia de Dios se dirigía, no a la gente ordinaria, sino a los grandes y sabios, a los ricos, a los paganos honorables que ostentaban el nombre de cristianos’ ... Apparently el terremoto de Lisboa tuvo un profundo efecto en la mente y en la moral de las personas a mediados y finales de la década de 1700, tal como sucedió con las bombas atómicas que cayeron en Japón en 1945 en el siglo veinte”

(Basil Booth and Frank Fitch, Earthshock, London: J. M. Dent & Sons, 1978; pp. 95-96).

El siguiente gran evento ocurrió pocos años después. El 19 de mayo de 1780 tuvo lugar el conocido como “gran día oscuro”. Muchos lo reconocieron también inmediatamente como el cumplimiento específico de esta profecía. Aquella extraña oscuridad en New England no estuvo causada por un eclipse, ya que aquella noche había luna llena. La gente tuvo que encender los candiles a mediodía. Las vacas regresaron de sus pastos, las gallinas se recogieron para dormir, y dejaron de cantar los pájaros. Se decía que había sido la mayor oscuridad desde que los hijos de Israel salieron de Egipto. Aquel temible presagio continuó hasta la una de la mañana siguiente, momento en que la luna apareció roja como en sangre. Multitudes de cristianos reconocieron inmediatamente esos acontecimientos como el cumplimiento del sexto sello.

El 13 de noviembre de 1833 “[las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento](#)”. Nunca anteriormente ni después se vio algo semejante. Así lo describió un testigo: “Las estrellas fugaces no caían como procediendo de diversos árboles que se sacudieran, sino como de un solo árbol. Las que aparecían en el norte caían hacia el norte, las que aparecían en el sur caían hacia el sur (salí de mi residencia al patio). Y no caían como lo hace la fruta madura. Al contrario, volaban como el fruto que no está maduro y se resiste a desprenderse de la rama ... hasta que una fuerza lo impulsa”.

Así fue como esas notables tres señales en el cielo se siguieron una tras otra, todas ellas ocurridas en el período de la vida de una persona. Las mentes de millones de personas se dirigieron al cumplimiento de la profecía bíblica. Ningún evento mundial

electrizó a los estudiantes de la profecía de la Biblia como aquellas tres señales.

El siguiente gran evento está todavía en el futuro: los cielos replegándose “como un pergamino que se enrolla”. Eso va a tener lugar en la segunda venida del Señor Jesús (Salmo 46:2-3; Isaías 24:1 y 19-20; Apocalipsis 16:20). Imagina la escena: los montes tiemblan como un junco ante el vendaval. Se esparcen por doquier las rocas quebrantadas. Se oye el estruendo de la tempestad que se acerca. El mar se encrespa con furor. Se oye el silbido del huracán como voz de demonios en misión de destrucción. Toda la tierra se conmueve y se agita como las olas del mar. Su superficie se resquebraja. Parecen ceder sus mismos fundamentos. Se hundén cordilleras. Desaparecen islas habitadas. Las olas enfurecidas se tragan los puertos marítimos que se corrompieron como Sodoma.

“¿Quién podrá sostenerse en pie?” “Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre” van a saber cuándo llega la última hora a esta tierra. Siempre han sido demasiado orgullosos como para implorar el perdón de su pecado; ahora no pueden mirar cara a cara al Cordero de Dios, no pueden resistir su mirada penetrante. Imploran demasiado tarde, y no a Dios, sino a “los montes y a las peñas”.

No hay juicio comparable al juicio por el amor que se rechazó. No hay ira tan terrible como la del Cordero que fue “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Rechazar la cruz de Cristo, endurecer el corazón contra el llamado de amor de Jesús, volver a crucificarlo, pisotearlo y exponerlo a la vergüenza, traicionarlo como Judas, lo hace a uno merecedor de ese juicio de condenación eterna por parte del universo. Aunque en ocasiones nos hayamos sentido

tentados a dudar, existe una cosa tal como la plena justicia, y estos versículos nos muestran una de sus facetas.

Hay otra faceta del carácter de Dios, la de la tierna misericordia y el perdón mediante la fe de Jesús. Comprender y apreciar esa gracia es lo que convierte en santos a los pecadores, ya que entenece el corazón y lo motiva a la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Dios es ambas cosas: “**el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús**” (Romanos 3:26), ya que esa fe es la respuesta de un corazón sincero ante el reclamo amoroso de la cruz del Calvario. Esa faceta de la justicia de Dios se te manifiesta hoy a ti. Él te dice: “**Al que a mí viene, no lo echo fuera**” (Juan 6:37).